

## Editorial

# De la sociedad de la información a las sociedades del conocimiento: ¿de qué nos vamos a apropiar?

Después de la Guerra Fría, Zbigniew Brzezinski —notable estadista norteamericano— apostó por la creación de una sociedad mundial que ya no establecería su poderío a partir del aparato militar ni de las ideologías, sino en función de la ciencia y de la tecnología. Se trataba de una sociedad postindustrial o tecnotrónica en la que el conocimiento, democráticamente gestado y difundido a través de avanzadas tecnologías, permitiría crear mayor igualdad social, económica y política.

Se trataba de instaurar una sociedad conscientemente informada y por lo tanto mejor organizada, reduciendo las abismales diferencias entre Norte y Sur. Sin embargo, como bien lo señaló en su tiempo Kapuscinski, “cuando se vio que la información era un negocio, la verdad dejó de ser importante” (1983).

Del otro lado del mundo, Simon Nora y Alain Minc (1978) se dieron a la tarea de escribir un documento muy extenso que fue fundamental: *La sociedad informatizada*. Este informe, solicitado por el entonces presidente de Francia V. Giscard d'Estaing, analizaba la posibilidad de crear un nuevo tipo de sociedad basada en productos y servicios informativos que harían a cada uno consciente de sus deberes y derechos, creándose así una sociedad más justa e igualitaria.

La informatización de la sociedad quedaba de este modo en el centro del escenario. Sin embargo los avances en la informática y en el diseño de microprocesadores cada vez más poderosos impulsaron una mirada desafiante ante los alcances que podría tener la información como dato, procesado a altas velocidades y llegando en microsegundos a nivel planetario. La información dejó de ser un ideal para convertirse en un producto vendible y exportable, mutando de un bien social a un bien económico y

político capaz de configurar una sociedad que trabajaría incansablemente en la generación de datos. El sistema capitalista vio en este capítulo una nueva posibilidad para reestructurarse e impulsar su crecimiento desde la globalización. La información se tornó más estratégica para la empresa y los gobiernos que para la sociedad. En Ginebra y Túnez se llevaron a cabo dos encuentros, denominados Cumbre Mundial de la Sociedad de la Información 2003-2005, a partir de los cuales se pensaba redefinir el papel estratégico de la información y la comunicación en el siglo XXI.

Durante dichas cumbres la contraparte la llevó la sociedad civil, que se preguntó por qué poner todo el acento en el carácter empresarial y político de la información y no en el aspecto diverso y plural de la sociedad. Se reclamaba así incluir dentro de estos encuentros el concepto de las *sociedades del conocimiento*, pensadas y descritas en plural con el fin de no caer en el esquema de un modelo social único.

Varios especialistas solicitaron, entonces, que el concepto *sociedad de la información* se distinguiera del de *sociedades del conocimiento*, pues este último tenía implicaciones sociales más importantes.

Fue así como surgió un nuevo proyecto, basado en la información y en la comunicación, que buscaría incluir a todos aquellos grupos que no tenían cabida en la llamada sociedad de la información. Organizaciones civiles, pueblos originarios, marginados, actores sociales diversos, agrupaciones ciudadanas, en fin, un gran número de colectividades organizadas desde formas inimaginadas, que reclamaban su derecho a acceder a las TIC, a generar su propia información y aplicarla desde su propia visión para transformar sus muy singulares realidades.

Era la génesis de la comunicación horizontal, de los saberes compartidos, de la creación de sujetos comunicacionales y del avance de un proyecto social diverso y plural que emergió y emerge gradualmente con paso supuestamente firme.

Paradójicamente, estos dos prototipos de directivas (vertical y horizontal) se entretejen, se cruzan, se alimentan y en ocasiones se contraponen. Se trata de dos realidades, una que se va desdibujando y otra aún muy débil que se va perfilando de manera ascendente. Lo interesante es saber mirarlas para tener claros sus alcances.

Hay grandes empresas que constituyen enormes negocios infocomunicacionales. Si bien surgieron de la base social, su roce con el gran capital las ha llevado a constituirse en imperios económicos. A la vez que tienen un pie puesto en el gran capital, favorecen la creación y el desarrollo

de las redes sociales en su propio seno. Contemplemos estas cifras: Facebook aparece con 1,591.000 millones de cuentas activas; Twitter con 320 millones; YouTube con mil millones; Instagram, líder en las redes de fotografía, con 400 millones de usuarios; y Gmail con mil millones de usuarios. La lista podría ser infinita. Ante estas cifras es indispensable constatar el carácter dual de estas empresas que podrían estar marcando dos direcciones en sus políticas: una vertical y una horizontal, una empresarial y otra social, comprometidas con el poder político y ¿con la sociedad por igual?

Freedom House, una de las organizaciones más serias en su rubro, afirma que en el 2015 la libertad decayó globalmente por décimo año consecutivo. Esto se debió a presiones económicas y al temor ante gobiernos autoritarios que ven caer sus recursos y por lo tanto no admiten la disidencia. La creciente migración y el terrorismo impulsaron la xenofobia en países democráticos. Esta organización señala que, globalmente, solo un cuarenta por ciento de los países es libre, el resto del mundo vive entre una libertad a medias y una ausencia total de libertad de expresión.

La crisis migratoria hacia la Unión Europea, señala el informe 2016, creó una presión sin precedentes en cuanto a los principios de libertad, solidaridad y respeto a los derechos humanos. El flujo de personas expuso la debilidad institucional de ciertas regiones, pero también dejó entre interrogantes la capacidad de la UE para mantener altos estándares democráticos.

Además de la libertad inherente a todo ciudadano, la libertad en Internet resulta especialmente significativa. Se refiere a la libertad de expresión, de información, de privacidad y de asociación, de acuerdo con Freedom House.

Recuperamos así una de las tesis fundamentales del Informe Nora-Minc: la tecnología no es ni buena ni mala; todo depende del tejido social en el que se inserte.

Estos dos conceptos, *sociedad de la información* y *sociedades del conocimiento*, nos llevan a ver que se trata de una evolución compleja y llena de contradicciones. Se habla por igual de participación y adicción, democracia y censura, optimismo y pesimismo. Entonces, ¿de qué nos vamos a apropiar cuando hablemos de las sociedades del conocimiento?

**Carmen Gómez Mont.** PhD. Profesionista independiente, especializada en el tema de la apropiación de las TIC y docente de la UPB.